

Arquitectura religiosa «columnaria» en el Reino de Murcia

LA PERSONALIDAD ARTISTICA DE PEDRO DE ANTEQUERA

Uno de los variados aspectos que el Renacimiento ofrece en España, como otro signo de fecundidad, es el constituido por la erección de las llamadas iglesias «columnarias», cuyo desarrollo geográfico es distante—regiones vasca y levantina—y sus características diversas. Mientras en el Norte los apoyos que sustituyen a los pilares son, ordinariamente, lisos, en Levante y la región manchega se estrian con baquetones y ofrecen capiteles de órdenes más complicados (jónico y corintio) que en las Vascongadas, casi dependientes de lo toscano. Nota común a ambas zonas arquitectónicas es la del empleo normal de las estructuras góticas, más persistentes en Vasconia no obstante la decidida utilización de las columnas seudoclásicas.

Durante todo el siglo XVI, y preferentemente en su primera mitad, se mantiene el gusto por este tipo de construcciones en lo religioso. En el Norte, Iturriza con la iglesia de Placencia; Leturiendo con la de Santa Marina, en Vergara, y los arquitectos de Azpeitia y Zumárraga, llenan un interesante período de nuestra historia artística, eslabonado en su descenso a Levante por Juan de Rasines (iglesia de Berlanga de Duero, 1526) y los autores de los templos aislados en Castilla la Nueva, sobre todo por el purista Alonso de Covarrubias con la iglesia de Yepes (Toledo), de 1533, y J. Francés con la de la Magdalena, de Getafe (Madrid), ejecutada desde 1549, utilizando las columnas toscanas con gran ábaco, en el que se superpone otro cuerpo, recordando las estructuras de Siloé y su escuela en las Catedrales de Granada, Málaga, etc.

Los arquitectos norteños se desparraman por España, y a sus provincias levantinas vienen no pocos de ellos, ejecutando sus obras según las enseñanzas y métodos tan ajenos a lo conocido allí hasta entonces; entre los llegados, Pedro de Oma, arquitecto de Santiago de Jumilla (Murcia), con su hermano Juan; Ortuño del Villar, Cobo y otros, son también procedentes del Norte, y aunque los primeros trabajan a finales del XV, ya aparecen las columnas en aquella iglesia, si bien adosadas. Y los nombres de Martín y Domingo de

Placencia, autores en 1545 de la torre de Santa María de Lorca, son bien expresivos de su origen vascongado.

Dos zonas pueden distinguirse en Levante: la manchega, que comenzando en Hellín llega hasta La Roda, y la murciana, situada al nordeste de la provincia, desde Cehegín a Moratalla; y como expansión occidental aún puede señalarse Callosa de Segura, en la provincia de Alicante, con su sorprendente iglesia renaciente de columnas corintias, acabada en 1553 por el casi desconocido Francisco Ripoll. La primera de dichas zonas tiene su mejor monumento en la iglesia de San Juan, de Albacete, en la que se quiere ver la mano de Diego de Siloée; más nos interesa, sobre todo, llegar a conocer la personalidad del arquitecto o arquitectos que proyectaron las grandes iglesias «columnarias» en el reino de Murcia, oculta hasta hoy y todavía difícil de descubrir.

La provincia de Albacete, abundante en iglesias de aquel tipo, nos ofrece en Hellín la primera de las mismas, degeneración de la escuela de Vandelvira, y en La Roda la más distante, terminada en 1564, de bellas columnas jónicas, adoptadas casi siempre en todas las construcciones donde se utilizan. La posible intervención de Siloée ni se documenta ni la puede mantener ningún dato; quizás el origen de la aceptación en Levante del tipo de iglesia «columnaria» sólo resida en la presencia de los arquitectos norteños, que lograron hacer dichos alzados si no populares, agradables. No hay ningún nombre conocido hasta que aparecen los indígenas, de los que el de Ripoll para una iglesia alicantina es bien valenciano y el de Pedro de Antequera llega a ser el único que subsiste, hasta el presente con inseguridad de atribución o identificación de sus obras.

Igualmente son anónimas la iglesia de Cehegín, de naves sobre columnas jónicas y superposición dórica en lo alto, y la de Caravaca.

Quien sea aquel arquitecto, procedencia, formación, etc., es inseguro. Los escritores locales de Caravaca le atribuyen la obra de la estupenda iglesia de El Salvador en dicho pueblo, de la que solamente se levantó la tercera parte de lo proyectado, hacia la cabecera, con bóvedas vaídas y estructura gótica; el templo comenzó a construirse en 1544 y el 1600 fueron suspendidos definitivamente los trabajos por falta de recursos, quedando en el estado actual. A Pedro de Antequera se le considera (Martínez Iglesias) hijo de Caravaca, y es posible que lo fuera: al menos, allí residió, citándosele como vecino—no se olvide la frecuente confusión entre *vecindad* y *naturaleza*—en varias ocasiones. Que sea, sin embargo, *autor* de El Salvador es más improbable, en el sentido de que sean suyos planta y alzado; más bien, tras la actividad de un desconocido maestro (¿el de San Juan de Albacete?) sería el encargado de las obras en diversas etapas hasta que fueron abandonadas.

La razón que apoya esta hipótesis es la de una declaración del propio Pedro de Antequera hecha en la ciudad de Lorca, con motivo de haber sido llamado para la tasación de los pilares de un acueducto en 1573: en aquella manifiesta tener «cincuenta años poco poco más o menos», lo cual colocaría la fecha de su nacimiento alrededor de 1523, y permite conjeturar que en 1544, a los veintiún años de edad, no proyectaría como arquitecto.

De toda su actividad, sólo puede darse como documentada la que le adjudica como obra suya la iglesia parroquial de Moratalla (Murcia), a poca distancia de su supuesto pueblo natal; el edificio se tenía por anónimo, y su paternidad arquitectónica la revela un decreto de aquel Ayuntamiento, en 4 de febrero de 1561, contenido en el Libro Capitular de Decretos, número 1.194,



por el que consta el acuerdo de abrir los cimientos de la iglesia mayor. En la subasta, remató las obras Pedro de Antequera, a quien se nombra «maestro de Geometría», y se labró la piedra por el maestro de cantería Juan Anglés, «que vino de Orihuela, de donde era vecino».

Ninguna otra noticia del arquitecto nos es conocida, pese a que su personalidad no debió ser insignificante en la región. En la iglesia de Moratalla, según la referencia anotada, aparece colaborando con él el maestro Anglés, ya acreditado entonces por las obras de San Luis y Santo Domingo, de Tortosa, y Santo Domingo, de Orihuela, en la cual ciudad parece vivió hasta casi finales del siglo XVI; es la intervención de Anglés en Moratalla la única señalable en el reino de Murcia.

Puede, pues, afirmarse la personalidad de Pedro de Antequera como excepcional en las realizaciones arquitectónicas «columnarias» del Sudeste; en ellas se muestra la reacción hacia el purismo que despojó de formas y adherencias platerescas a aquel arte durante el XVI, y se llena noblemente una etapa sólo precedida en casi toda esta región por los monumentos del gótico. No es fácil, en cambio, conocer los arquitectos que pudieron formarle en su oficio: acaso el robusto magisterio de Siloé, trascendiendo más allá del centro granadino, en que brilló con la magnífica obra de la Catedral, no excluye cierta influencia en Pedro de Antequera, como gravitó en la del que erigiera la iglesia de San Juan, de Albacete. Así se explica su «parentesco» con las de El Salvador, de Caravaca, y la parroquial de Moratalla; esta obra, indiscutible suya, y la otra, con segura intervención, aunque no desde sus comienzos y, probablemente, no hasta última hora. Muchos arquitectos de primer orden llenan la historia de nuestro arte durante los años en que se supone tuvo lugar la formación de Pedro de Antequera; a partir de 1523—creyendo su propia declaración, utilizada más arriba—pueden señalarse varios nombres en la región que abarca las provincias de Granada, Jaén, Murcia y Albacete, además de los que en Málaga mantienen el purismo irradiado por Siloé, bien capaces de justificar ajenos aprendizajes bajo ellos. Con aquél, Juan de Maeda (mientras trabajó en Granada), Diego de Vergara o el mismo Andrés de Vandelvira, han podido orientar sus ciencias y arte, de los que la sola iglesia de Moratalla lo consagra como experto en ambos, si es que la de El Salvador, de Caravaca, no proclamara que con su intervención—pese a no ser inicial—pudo hacer un bellissimo ejemplar de haber terminado, aunque fuera como feliz ejecutor de planes ajenos, seguramente flexibles en su desarrollo mientras se hacían realidad, aquella obra «de pleno Renacimiento (no plateresco)», en opinión del maestro D. Elías Tormo.

JOSE SANCHEZ MORENO

